

Cuarto domingo (C). JESÚS, EL BUEN PASTOR, DA LA VIDA ETERNA A CUANTOS ESCUCHAN SU VOZ Y LE SIGUEN

I Felipe Fernández Caballero

II Guía para la lectura y predicación del CEC (SEC)

III Sagrada Congregación para el Clero

IV. Radio Vaticano

TEMA GENERAL

La Iglesia que nace de Cristo Pastor y Cordero es un pueblo abierto a todos los pueblos y culturas, constituido por todos los que escuchan su voz y le siguen. A ellos les da la vida eterna, no perecerán para siempre y nadie las arrebatará de su mano. Son quienes, a lo largo de la historia, han lavado y blanqueado sus mantos en la sangre del Cordero.

LECTURAS

1. La salvación, llevada hasta el extremo de la tierra

13, 14.43-52

La expansión de la Iglesia va a dar un salto decisivo con la misión de Pablo en Asia Menor, de la que el Espíritu Santo toma directamente la iniciativa. Es él quien, en un acto de culto, pide a la iglesia de Antioquía que envíe a Bernabé y a Pablo.

Hasta entonces se predicaba la buena nueva a los judíos únicamente. Pero en Antioquía, ante la repulsa de los judíos, Pablo y Bernabé dijeron con valentía: "Era necesario anunciaros a vosotros en primer lugar la palabra de Dios; pero ya que la rechazáis y vosotros mismos no os juzgáis dignos de la vida eterna, mirad que nos volvemos a los gentiles" (13, 46). No pueden callar, pues "así nos lo ha mandado el Señor: Yo te haré luz de los gentiles, para que seas la salvación hasta el extremo de la tierra".

Una frase un tanto difícil subraya los efectos de la predicación apostólica: "los que estaban destinados a la vida eterna, creyeron". Aun cuando el pueblo elegido por gracia de Dios tenía el primer puesto en la voluntad salvífica del Señor, al no aceptar creer en su Hijo muerto y resucitado para su salvación, el anuncio pasará a los gentiles, a los que Dios ha preparado ya, pues la salvación es universal. La vida eterna que el Pastor da sólo se puede otorgar a quienes acepten su palabra y quieran seguirle para formar un solo redil.

Cuando dan cuenta de su misión a su iglesia «se pusieron a contar todo cuanto Dios había hecho juntamente con ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe» (14, 27). Para Lucas, ésa era la finalidad de aquella misión.

Podemos entonces medir el camino recorrido desde aquella comunidad de Jerusalén que fiel a las consignas dadas por Jesús durante su vida no predica más que a los judíos («No vayáis a los paganos...»), hasta esta apertura de la puerta de la fe a los paganos por obra de los helenistas guiados por el Espíritu.

2. El Cordero será su Pastor

Ap 7,9.14b-17

La segunda lectura, visión apocalíptica de Juan, viene a ser la realización de lo que acaba de oírse en la primera. El Apóstol ve una muchedumbre inmensa de toda nación, razas, pueblos y lenguas que glorifica a Dios. Su actitud es la de un pueblo en contemplación y acción de gracias litúrgica. Es una asamblea de triunfo. Están de pie ante el trono del Cordero, vestidos de blanco y con palmas en las manos. Uno de los ancianos explica de dónde vienen y quiénes son: "Vienen de la gran tribulación, han lavado y blanqueado sus mantos en la sangre del Cordero... Ya no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el sol ni el bochorno. Porque el Cordero que está delante del trono será su Pastor, y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas. Y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos".

Visten vestiduras blancas, que significan la purificación bautismal. Importa poco lo extraño de la imagen ; se trata sin duda de una purificación por la sangre; pero aquí, la teología de la purificación y de la renovación sobrepasa a la imagen, pues se trata de una sangre que renueva para la gloria y la resurrección con Cristo; las vestiduras blancas significan también, por tanto, el triunfo de la resurrección.

Están todos reunidos bajo el cayado del Cordero, presentado como Pastor. El Apocalipsis cita aquí numerosos pasajes de la Escritura; se recuerdan dos pasajes clásicos: el salmo 23, en el que se presenta al Señor como el pastor de Israel, e Isaías 49, cántico del Siervo, de donde ha tomado los versículos "No pasarán hambre ni sed..., porque los conduce el Compasivo y los guía a manantiales de agua".

Es una perspectiva de triunfo del rebaño único, reunido al fin bajo un único guía: el Pastor-Cordero, que dio su vida por la ovejas.

Evangelio: Yo doy la vida eterna a mis ovejas

Jn 10,27-30

Rodeando a Jesús en el Templo, casi acosándole, los judíos le instan a que declare con valentía su identidad (10,24). No les basta su identificación con el buen pastor (10,14-18). Se le exige tomar postura abiertamente, y él responde señalando a sus obras, ya que no le creen a él: ellas son su testimonio, hablan por él y en su favor, porque no son obras que haga en nombre propio, sino en el de su Padre (10,25), y al hacerlas revelan su condición filial (5,36).

Quienes no creen en él no pertenecen a su redil (10,26). El criterio puede sorprender, pero refleja la conciencia cristiana, su concepción del discipulado: sólo se le confía a quien se sabe custodiado por Cristo. se le confía. No le siguen (10,3) ni él conoce a quienes no oyen su voz; el discipulado connota convivencia y conocimiento mutuo (10,27; cf. 10,14-15).

Quien le siga, no se perderá: nadie podrá arrebatarlo de su mano (10,28), símbolo bíblico de la potencia y del cuidado divino (Dt 32,39; Is 43,13; 49,13; 51,15; Ap 1,16). Adherirse a Jesús es don de Dios (6,37.39.44). De hecho la razón última de esta vida sin término que tiene asegurada quien le siga está en que lo mantiene el Hijo: lo que el Hijo aferra con sus manos lo mantiene el Padre en las suyas (10,28b = 10,29b). Nada hay mayor que el Padre, ningún poder le excede: no puede perderse lo que El cuida; quien cree en Jesús está en buenas manos, la del Padre de Jesús.

La actuación del Hijo refleja la iniciativa paterna: hace lo mismo que el Padre (5,17); más aún, en la actuación confluyen Hijo y Padre, son una única cosa (10,30). Esa unidad es funcional, no personal; están unidos en la acción salvífica.

HOMILIA

El cuarto domingo de Pascua nos sitúa ante Jesucristo, Buen Pastor de su Iglesia. Él es el único que conduce a los suyos a la verdad y a la vida.

La vida y las obras de Jesús, el buen pastor, “manifestación ininterrumpida de su caridad pastoral” (PDV 22)

1. La imagen del pastor nos revela, en primer término, su relación con el Padre:

– El Buen Pastor es para nosotros pura transparencia del Dios con la palabra y con la vida.

En Él, es Dios mismo quien nos habla y actúa: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. Las palabras que yo os digo, no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras. Creedme; yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Al menos, creedlo por las obras” (Jn 14, 9-11)

– Su identidad con el Padre se despliega en obediencia plena a su designio de salvación:

“He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6, 37-41).

– Y su obediencia hasta la entrega de la propia vida le hace merecedor del amor del Padre.

“El Padre me ama, porque doy mi vida. Nadie me la quita: yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; éste es el mandato que he recibido de mi Padre” (Jn 10, 17-18)

2. La imagen del Pastor nos revela también las relaciones de Jesús con nosotros, sus discípulos:

– Jesús se define, en primer lugar, como el que “conoce” a sus ovejas, como fruto de una relación de intimidad dominada por el amor.

Aunque la liturgia de hoy subraya la dimensión comunitaria de nuestra relación con Cristo –“somos pueblo suyo y ovejas de su rebaño”– deja también constancia de su carácter personal: cada uno de nosotros somos conocidos y queridos por Él, y él espera también de cada uno la respuesta de una actitud receptiva, acogedora: “mis ovejas escuchan mi voz...y ellas me siguen”

– Su relación con nosotros es tan profunda que nos comunica la misma vida que ha recibido del Padre.

“Yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre y nadie las arrebatará de mi mano”. Para darnos la vida eterna, el Buen Pastor ha entregado la suya; el libro del Apocalipsis nos lo presenta hoy como un Cordero inmolado en la Cruz : “El Cordero, que está en medio del trono, será su pastor, y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas”.

3. La imagen del Pastor nos revela, por último, las relaciones de Jesús con la humanidad entera.

La Iglesia que nace de Cristo Pastor y Cordero, es una comunidad abierta a todos los pueblos y culturas.. Cuando, resucitado, entró en la casa donde estaban los apóstoles *“estando las puertas cerradas”*, dejó constancia de que desaparecían los obstáculos que impedían la comunicación y la comunión entre los hombres. Nacía un mundo nuevo, libre de condicionamientos de espacio y de tiempo. Se iniciaba la andadura de una Iglesia “católica”, universal, constituida por todos los que escuchan la voz del Pastor y le siguen. Jamás se había soñado una unidad más estrecha y una más rica pluralidad. A ellos “les da la vida eterna, no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de su mano” .

De la universalidad de la Iglesia da testimonio esa “muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos”. Son los cristianos que a lo largo de la historia “han lavado y blanqueado sus mantos en la sangre del Cordero”.

II. Guía para la lectura y predicación del CEC (SEC)

II. LA FE DE LA IGLESIA

«La Iglesia, en efecto, es el redil cuya puerta única y necesaria es Cristo. Es también el rebaño cuyo pastor será el mismo Dios, como él mismo anunció. Aunque son pastores humanos quienes gobiernan a las ovejas, sin embargo es Cristo mismo el que sin cesar las guía y alimenta» (754).

«La única Iglesia de Cristo.... Nuestro Salvador, después de su resurrección, la entregó a Pedro para que la pastoreara. Le encargó a él y a los demás apóstoles que la extendieran y la gobernarán... Esta Iglesia, constituida y ordenada en este mundo como una sociedad subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él» (816).

TESTIMONIO CRISTIANO

«“El mundo fue creado en orden a la Iglesia”, decían los cristianos de los primeros tiempos. Dios creó el mundo en orden a la comunión en su vida divina, “comunión” que se realiza mediante la “convocación” de los hombres en Cristo, y esta “convocación” es la Iglesia. La Iglesia es la finalidad de todas las cosas (Clemente de Alejandría...)» (760).

SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

A los primeros Domingos pascuales, centrados en las apariciones, sucede en todos los ciclos el Domingo dedicado al Buen Pastor. Porque este título se verifica sólo en el Cristo que ha dado «la vida por las ovejas» y éste sólo es el Resucitado.

Destaquemos expresiones significativas en la perícopa de este año C:

Las ovejas «escuchan» su voz (de Jesús), no sólo oyen sino atienden con interés y acogen la Palabra sembrada en el corazón. Jesús «conoce» a las ovejas, da la «Vida eterna». Nadie podrá

arrebatat las ovejas de las manos de Jesús, porque se las ha dado el Padre, que todo lo puede, con el que Jesús es «Uno», «Yo y el Padre somos uno».

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

Las imágenes de la Iglesia descubren tanto a la Iglesia como a su Señor: 753-757.

Los pastores en la misión de la Iglesia: 881; 890; 893 y 896.

La respuesta:

Don y responsabilidad para los pastores: 1585-1589.

La adhesión de los fieles a los pastores: 858; 862; en la vida moral: 2032-2040.

C. Otras sugerencias

La Iglesia arraiga en la vida pública del Señor pero es el fruto maduro del gozo desbordante de la resurrección.

En este gozo del Tiempo pascual, se ha de cambiar la actitud crítica hacia los pastores en actitud cordial, pensada y expresada, según «el lenguaje... la inteligencia y la vida de la fe» (171).

Tenemos que recuperar el amor a la Iglesia de las primeras generaciones.

III. Sagrada Congregación para el Clero

NEXO ENTRE LAS LECTURAS

¡El Buen Pastor! Éste es el símbolo de Jesucristo que la liturgia de hoy resalta. Es el Buen Pastor, que conoce a sus ovejas y da la vida por ellas (evangelio). Es el Buen Pastor que a todos quiere salvar, tanto a las ovejas judías como a las paganas, y a todos ofrece su vida (primera lectura). Es el Buen Pastor, que apacienta a sus ovejas no sólo en esta tierra, sino también en el cielo, conduciéndolas a las fuentes de aguas vivas (segunda lectura).

MENSAJE DOCTRINAL

Las “mirabilia” del Buen Pastor.

En la historia de Israel se habla mucho de las mirabilia Dei, de los grandes portentos que Dios hizo en favor de su pueblo. Es legítimo hablar también de las mirabilia Boni Pastoris. Veamos algunas que nos señalan los textos litúrgicos.

Yo conozco a mis ovejas.

El carácter comunitario y social de la fe, no disminuye para nada el carácter personal de la relación del Buen Pastor con cada una de sus ovejas. Porque el conocer, en la lengua hebrea, implica además el amar, el desear el bien de la persona, el sentir afecto por ella. Es decir, sólo se puede llegar a conocer a una persona en el ámbito de la relación íntima y personal. Cuando el hombre es conocido de esa manera por Jesucristo, en virtud del carácter recíproco de toda relación personal, entra también en el mundo de la intimidad de Jesucristo, le escucha con atención y le sigue con fidelidad, alegría y agradecimiento. En el evangelio de san Juan, por otra parte, el conocer casi se identifica con el creer. Jesucristo tiene confianza, se fía de sus ovejas, porque las ama y se siente amado por ellas. Y, sobre todo, las ovejas confían en Cristo, y le

confiesen como su Salvador y Señor.

Yo les doy vida eterna.

El don más grande que Dios nos ha concedido es el de la vida. Pero esta vida dura unos años y luego... ¿reinará la muerte sobre el hombre? ¿volverá a la nada de la que Dios lo sacó al crearle? Es una pregunta que encuentra respuesta en Cristo resucitado. Él es el Señor de la vida, el Viviente. Siendo Señor de la vida, puede disponer de ella y darla a los que ama y confían en Él. Cristo nos hace partícipes de su misma vida, la que no está sometida al dominio de la muerte, la vida eterna. En el Apocalipsis leemos: "El Cordero (Cristo muerto y resucitado) que está en medio del trono los apacentará y los conducirá a fuentes de aguas vivas". La vida eterna es la misma vida de Cristo, que ya está presente en nosotros por el bautismo y por la gracia, y que adquirirá forma plena en el más allá de la existencia terrena. Como la vida terrena es un don precioso del Padre, la vida eterna es un don estupendo de Cristo resucitado.

Nadie puede arrebatármelas.

Ningún poder, humano, angélico, diabólico, está por encima del poder de Cristo resucitado. Un poder que Cristo ha recibido del Padre omnipotente. Querer arrebatarse a Jesucristo sus ovejas, equivaldría a arrebatárselas a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Algo absurdo! Los hombres pueden cortar el hilo de esta vida, pero no pueden arrancar de las manos del Padre el disponer de la vida eterna. Los ángeles, como nos enseña el catecismo, están al servicio de Dios: "Con todo su ser, los ángeles son servidores y mensajeros de Dios" (CEC 329) y del hombre: "Desde la infancia a la muerte, la vida humana está rodeada de su custodia y de su intercesión" (CEC 336). El demonio, finalmente, aunque sea una criatura poderosa, por el hecho de ser espíritu puro, no puede impedir la edificación del Reino de Dios, no puede arrebatarse de las manos de Cristo a sus ovejas, porque "el poder de Satán no es infinito" (CEC 395). Sólo y únicamente el hombre en su libertad puede escaparse del rebaño de Cristo y sustraerse de las manos bondadosas del Padre. El texto de los Hechos de los Apóstoles da fe de ello: "Los judíos se pusieron a rebatir con insultos las palabras de Pablo". ¡Qué poder tan tremendo el de la libertad, que puede hacer inútiles las mirabilia del Buen Pastor!

SUGERENCIAS PASTORALES

¡No tengáis miedo al Buen Pastor!

El misterio de Cristo sobrepasa la mente humana. Por este motivo, el Nuevo Testamento recurre a tantas figuras y símbolos para expresar algo de su infinita riqueza. Se nos habla de Cristo maestro y profeta, Dios y Señor, luz y vida, alfa y omega, Salvador y Emmanuel, y así otros muchos. Uno de los más dulces nombres de Cristo es el de Buen Pastor. Es un nombre que gusta mucho a los niños, y que de ninguna manera desagrada a los adultos, porque la alegoría del Buen Pastor en el evangelio de san Juan es el equivalente de la parábola del hijo pródigo en el evangelio de san Lucas. ¿Quién hay que pueda tener miedo de Cristo, Buen Pastor, si lo único que busca y por lo que se desvive es por nuestro mayor bien? Es verdad que algunas verdades de nuestra fe pueden parecernos difíciles, pero no tengas miedo a las dificultades, el Buen Pastor te ayudará a entenderlas un poquito más, a aceptarlas con amor y alegría, como un regalo magnífico, y sobre todo a vivirlas con pasión y entrega. Puede ser que algunas enseñanzas morales del cristianismo sean costosas, duras, contra corriente, pero el mismo Buen Pastor, que te alimenta con estas verdades, te dará la fuerza para asimilarlas y llevarlas a la práctica en tu vida cotidiana. Puede ser

que alguna vez te extravíes o desfallezcas en el camino de la vida, pero no tengas miedo en volver a Cristo, que él te pondrá sobre sus hombros y será feliz de haberte recuperado. ¡No tengas miedo! El Buen Pastor está dispuesto a todo, a todo, por amor a ti, por tu bien.

¡El martirio posible: don y libertad!

La vocación cristiana por fuerza propia lleva ínsita en sí la vocación al martirio. Es por tanto, una posibilidad, a veces muy real y hasta cercana, para todo cristiano, allí donde esté. Y no pensemos que los mártires son posibles sólo en América hispana, Asia, África y Europa del Este. Cada año no son pocos los que han confesado su fe con el martirio en diversos continentes. En el mundo hay muchos que mueren violentamente, pero no son mártires; esto es un don de Cristo crucificado y exaltado a la derecha de Dios. Si el Crucificado no nos atrae hacia el martirio, no nos otorga esta semejanza suprema a Él, ni siquiera tendremos la posibilidad de ser mártires. Al don divino se añade la libertad humana, porque el martirio es un acto de soberana libertad. Nadie es coaccionado a morir mártir. Se llega a ser mártir, sólo si se es libre y se ama de veras. Existe el martirio cruento, posible para todos, efectivo sólo en algunos. Y existe el martirio incruento, posible y efectivo para todos: el martirio del deber cumplido, de la coherencia entre la fe y la vida, del testimonio constante, de vivir siempre en la verdad, de amar a los enemigos (políticos, ideológicos, religiosos, parroquiales...). Cualquiera que sea tu martirio, bebe el cáliz por Cristo y con Cristo.

Radio Vaticano

«Mis ovejas escuchan mi voz, y yo les doy la vida eterna»

Para llevar a cabo sus planes de salvación, Dios eligió un pueblo nómada, acostumbrado al pastoreo. El Señor quería revelarse, así, como el pastor que conduce a los hombres a su verdadero destino. Siempre se fijó y escogió a pastores como guías de su pueblo: Abraham, Moisés, David,... Eran ya figura anticipada de Cristo que hoy se nos revela como pastor de los que buscan la verdadera vida. Por eso, nos dice: mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna.

No siempre escuchamos de la misma forma. Depende de la actitud y los sentimientos que guardamos hacia el que nos habla. Más que por sus razonamientos nos convencerá por la confianza que tengamos en él. En realidad sólo la aceptación mutua nos puede abrir a la verdadera escucha de lo que el otro nos quiera decir; sólo el amor nos capacita para apreciar lo que otro nos quiere ofrecer.

Jesús llamaba e invitaba a la comunión con Dios. Pero, ante su revelación, no todos reaccionaban igual. Unos se mantenían al margen, porque no respondía a sus intereses o expectativas. Otros lo rechazaban abiertamente, porque no coincidía con sus convicciones. Y otros, en cambio, se entusiasmaron y lo seguían. Todo depende de captar o no el inaudito amor de Dios que en Él se desvelaba. Algo que sólo en el amor puede ser apreciado. Y no por cualquier amor sino por el que pone en nosotros el mismo Espíritu de Dios. Sólo ese Espíritu de lo alto que actúa de antemano en lo profundo del corazón puede hacernos entender el amor que en Cristo se manifiesta. Sólo el que sin cerrarse se deja llevar por ese Espíritu de arriba sabe escuchar de verdad a Jesús. Por eso Él mismo reconoce a los que lo acogen, de esta manera: Mi Padre es el que me los ha dado. Y es, entonces, cuando promete: Nadie arrebatará de mi mano a los que ya están así en las manos de Dios.

Sí, lleno del Espíritu Jesús se puso en las manos de Dios hasta morir entregando su espíritu a sus manos. Y es el mismo Espíritu de Dios, quien lo ha resucitado para siempre. Ponerse, pues, en las manos de Cristo, es ponerse en las manos de Dios que nos salva así de los caminos que llevan a la muerte, conduciendonos a la vida. Es siempre el mismo Dios que nos conduce hacia sí por medio de su Hijo, el Pastor, en la fuerza de su propio Espíritu.

La lectura del Libro de los Hechos nos narra hoy cómo Pablo y Bernabé anunciaron este evangelio, esta buena noticia de la salvación cumplida en Cristo. También ellos experimentaron el rechazo de la sinagoga, mientras los paganos acogían gozosamente la Palabra. Supieron reconocer así la obra del Espíritu. Ese que es el que construye y congrega a la Iglesia como rebaño de Jesús. Ese mismo es el que nos reúne cada domingo en el mejor encuentro con el pastor que nos conduce a Dios. Gentes de toda clase y condición, de todo pueblo y cultura, de toda raza y color allí reunidas por el Espíritu con el Señor. Nuestra asamblea nos hace descubrir que aquello que nos une como Iglesia de Cristo no son las afinidades humanas, ni las corrientes sociológicas, ni las sintonías psicológicas, sino la realidad de estar bautizados en el mismo Espíritu de Dios y el hecho de haber acogido un mismo Evangelio: la realidad gozosa de haber sido conducidos por un mismo pastor para ser el pueblo que camina hacia el Padre, hacia la vida de la resurrección. Y, por eso, llenos de alegría, proclamamos con el salmista lo que somos: Su pueblo y ovejas de su rebaño.

El Apocalipsis nos traslada hoy allí donde está el Cordero inmolado y triunfante junto a los que, por ponerse en sus manos, han alcanzado la vida. En ellos se ha cumplido la Palabra de Cristo: Mis ovejas escuchan mi voz, me siguen y yo les doy la vida. No perecerán para siempre, nadie las arrebatará de mi mano.